

20
VEINTE 23
VEINTITRÉS

QUIEN LA HACE, LA PAGA



LUIS A. SANTAMARÍA

LUIS A. SANTAMARÍA

Veinte veintitrés

Prólogo

Ya no recordaba cuándo se registró por primera vez bajo el seudónimo de Lando Calrissian. Debió de ser poco después del Suceso, en algún momento de 2018. En esos cinco años, el mundo se había convertido en un lugar peligroso, lleno de codicia desmedida y adoración por la superioridad.

Él se había divertido lo suyo, no obstante. La *tribu* había dado por el culo a esos empresarios, que no eran otra cosa que dictadores camuflados, y Lando lo había presenciado todo desde primera fila.

El reloj de la pantalla marcaba las 20:23 a la luz del flexo, lo que significaba que todavía faltaban treinta y siete minutos para que Jasper se conectara. Las últimas horas habían sido determinantes de cara al último objetivo estratégico de la *tribu*, y, según lo que se decía en el foro, Jasper guardaba información de gran interés.

Aprovecharía para poner algo de orden hasta que diera la hora. Mientras la plancha se calentaba, alargó el brazo por encima del teclado inalámbrico y acercó a sus labios la jarra de cerveza. Ese movimiento hizo que el gato, que estaba dormido al abrigo de sus michelines, se despezara con un indolente bostezo.

El cuadrúpedo saltó de su regazo y corrió hacia el oscuro pasillo. Había oído un ruido en esa zona, más concretamente el del bombín de la puerta principal. Un chasquido que Lando no percibió por estar sumido en la estridente música que escupían sus auriculares.

El animal, en su camino hacia la puerta, tropezó con una feliz sorpresa: un rastro de granos de pienso lo conducía a lo largo del pasillo hasta un cuenco colmado de sobras de pescado. No era aquel el lugar donde su amo solía depositar el cuenco de comida, y además, él nunca le daba pescado. Un relamido fue todo lo que necesitó para comenzar a devorar la comida.

Hubo otro ruido. Al final del corredor. Con las orejas en punta, el gato levantó el hocico. Sus pupilas se dilataron.

Una figura apareció tras la esquina que el animal estaba observando, y lo hizo tan súbita y discretamente que se podría pensar que había surgido de la nada. La cola del animal se encrespó y sus ojos se entornaron.

En Ámbar no solían verse hombres así. Era esbelto y en apariencia joven, a juzgar por el brillo de su flequillo. Sus movimientos, eléctricos pero sutiles, recordaban a los de una serpiente en actitud de ataque. Llevaba un abrigo de color ceniza que casi barría el suelo, unos guantes de cuero marrón y botas del mismo color acabadas en punta. Sus pequeños ojos centelleaban detrás de unas gafas sin montura y de cristal ligero. Tenía una boca muy grande, y tan fina que daba la impresión de que se le iba a quebrar la piel al sonreír.

Cuando desapareció tras la esquina, el gato bajó la mirada y continuó con su particular banquete.

Una vez rebañada la última raspa de pescado, el felino se deslizó hasta el salón. Antes de saltar de nuevo sobre los voluminosos muslos de su amo, dio unos cuantos sorbos de un

líquido espumoso que encontró esparcido en el suelo. Sabía amargo. Se acomodó al calor de la carne humana y cerró los ojos entre ronroneos.

Lando se hallaba dormido en su silla de trabajo, frente al monitor y con la cabeza apoyada sobre su hombro izquierdo. Si alguien hubiera observado desde la puerta, sin embargo, habría visto un charco de cerveza en el suelo, junto a una jarra de cristal rota. Y si hubiera forzado el olfato, habría percibido un fuerte olor a carne quemada.

De la pantalla del monitor, pegado con cinta adhesiva, colgaba un papel. Éste mostraba tres líneas dispuestas en distintas orientaciones y levemente separadas entre sí. Habían sido trazadas a mano:



Capítulo 1

M *iercoles 20 de septiembre de 2023*

La boca de Óliver Morales se abrió en un indiscreto bostezo en el que nadie reparó, porque nadie quedaba ya en torno a su mesa de trabajo.

El diseño gráfico de la NRET (Nueva Red Eléctrica de Transporte) era, objetivamente, la fase más sencilla del proyecto. Tan solo había que asegurarse de que las doscientas catorce estaciones quedaran repartidas por toda la pantalla, de forma que el plano resultara lo más interpretable posible.

Óliver examinó la plantilla de estaciones que tenía abierta en su tableta, integrada en la superficie de la mesa, y después alzó la mirada hacia el proyector, que era donde había diseñado el plano de la Nueva Red. Movi6 una de las herramientas de control hasta el icono que representaba la estaci6n de Postdamer Platz y dio un toque sutil al *touchpad* de la mesa. La estaci6n se desplaz6 unos mil6metros. Se recost6 en la silla y examin6 el peque6o efecto del cambio que hab6a creado mientras se masajeaba las palmas de las manos.

Mucho mejor.

Óliver hab6a estado meses pele6ndose con las dimensiones y capacidad de carga de las estaciones. Muchas noches sin dormir

y fines de semana sin salir, hasta que consiguió algo lo bastante bueno para enseñárselo al jefe de proyecto. O para sentirse satisfecho consigo mismo.

Mientras se enorgullecía de su limpio trabajo con el plano, una voz conocida lo interrumpió desde la retaguardia.

—¿Es que no vas a tomarte un respiro ni siquiera el día de tu cumpleaños, chaval?

No necesitó girarse para saber a quién tenía a su espalda. No conocía a un ser humano que pronunciara la palabra «chaval» (en castellano, pero con acento bávaro) de un modo tan fastidioso como Sebastian Hoss.

Óliver acarició el *touchpad* y el proyector se fundió en negro.

—¡Chssss...! No tan alto, Sebastian —murmuró, mientras hacía girar la silla. El alemán aguardaba de pie, con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón caído y la imborrable sonrisa que siempre llevaba dibujada tras su rizosa barba vikinga. Lo más seguro era que tramara algo, pues rara vez se quedaba en la oficina hasta más tarde de la hora. Cora estaba con él—. No quiero que toda la compañía se entere de que hoy cumplo veintisiete.

El barbudo espécimen giró sobre sí mismo con estudiada lentitud.

—¿Sabes la hora que es? —dijo—. Aquí ya solo quedamos la secretaria y el *pringao* del becario, chaval. ¿Tendremos el honor de que el genio se digne acompañarnos a tomar unas birras en su gran día?

Óliver sonrió sin ganas y dirigió su mirada hacia Cora. No le salieron las palabras.

—Feliz cumpleaños, Óliver —dijo ella con una voz que a cualquiera le habría sonado neutra, pero que a él le pareció forzada—. Toma, esto es para ti.

El falso techo de la oficina se abrió y una luz dorada iluminó a la joven, que en ese momento estaba descubriendo la mano que tenía tras la espalda. Sujetaba un paquete engalanado con un lazo azul. Por la forma, un libro. Si Óliver se hubiera atrevido a mirar a Cora a la cara, habría detectado un tic de inquietud en la comisura de sus labios.

Ella nunca le había regalado nada.

Cuando lo desenvolvió (con cuidado de no romper el papel), notó una inyección de emoción que lo pilló desprevenido. Se trataba de la versión en castellano de *El niño del pijama de rayas*, su novela favorita. Hacía ya años que se la había olvidado en casa de mamá, en Ámbar, y no había podido regresar a por ella. Ya se había dado por vencido tras recorrer sin éxito las librerías de medio Berlín. Una vez, en mitad de un descanso frente a la máquina de café de la oficina, se lo había comentado a Cora, pero no se imaginaba que ella todavía se acordaría de aquella conversación. Al parecer, la secretaria había buscado en el medio Berlín restante.

—No sé qué decir —musitó sin levantar los ojos del libro—. Te debo una, aviso.

Un aviso sonoro fue precisamente lo que surgió de una esquina de la tableta, interrumpiendo el incómodo momento. Venía acompañado de una ventana emergente. El mensaje anunciaba que había llegado a la empresa un envío a su nombre. Al verlo, Óliver torció el gesto, aunque Cora y Sebastian no parecieron advertirlo.

—Antes de que se me olvide —comentó Sebastian—. Ya es oficial: la semana que viene van a venir esos blogueros de tu país para grabar *Exiliados*. Eres el único *spanier* de la empresa, así que no vas a poder librarte.

—Español. Se dice español. —Óliver resopló sin ganas y

dejó el libro sobre la mesa—. Mierda, había olvidado lo del programa. ¿Realmente es necesario?

—Parece que sí. —Cora se retiró el mechón azul de la cara y se cruzó de brazos—. Falta concretar la hora de grabación, pero el contrato está firmado. El programa comenzará aquí y te acompañará por algunos lugares de la ciudad.

—Me lo pensaré. No prometo nada.

Se produjo un silencio extraño, que fue interrumpido por la animosa e insistente forma de hablar de Sebastian.

—Estas cosas podríamos estar discutiéndolas junto a la barra de un bar. Vamos, chaval, deja para mañana lo que sea que estés haciendo y ven con nosotros. Hoy invito yo, por ser un día especial.

—Otro día me apunto, lo prometo —sentenció Óliver, dando por concluida la conversación—. Esta tarde no estoy para fiestas.

Era consciente de que emborracharse a cervezas el día de su cumpleaños con las dos únicas personas que le agradaban en toda la ciudad, teniendo en cuenta lo duro que había trabajado los últimos meses y la espléndida tarde que hacía en el exterior, no era para nada un mal plan. También sabía que protagonizar un programa en Internet tan popular como *Exiliados* podría resultar incluso divertido. ¿Cuál era el problema? Detestaba que lo obligaran. Reaccionar como lo acababa de hacer era consecuencia de su carácter antisocial; su inseguridad hacia los demás, especialmente aquellos que más afecto le demostraban; su miedo a relacionarse. Pero también era el fruto de su gran virtud: la mente fría y cuadrículada que lo había convertido en una máquina de resolver problemas mucho mejor que la gran mayoría de seres humanos.

Había sido así desde que era niño.

Sebastian miró por encima de su hombro y observó el proyector en negro que antes reproducía el plano de estaciones.

—De la semana que viene no pasa —dijo, y sin que nadie más mediara palabra, se dieron la vuelta y dejaron a Óliver de nuevo a solas con la Nueva Red.

El cumpleaños recogió los papeles de la mesa, apagó el equipo y abandonó su puesto con cierto sentimiento de culpa.

Nada más cruzar el torno de seguridad del vestíbulo, Óliver se dirigió a la máquina de mensajería. Acercó su iris al detector óptico, y uno de los cajones de los que constaba la máquina se abrió. Recogió el envío, que no era otra cosa que un sobre de color arena del tamaño de una cuartilla, y se dirigió a la estación de metro.

Con la cabeza apoyada en la ventanilla del vagón, observaba adormilado los barrios de Berlín pasando ante sus ojos como si se tratara de un rapidísimo carrusel. Fuera, a pesar de la luminosidad del día y un cielo intensamente azul, el mundo parecía frío. Óliver pensaba en ello mientras tamborileaba sus dedos llenos de piel levantada contra el sobre que acababa de recoger. Tenía que dejar de morderse las uñas de una puñetera vez. Era una odiosa costumbre que había adoptado al poco tiempo de ingresar en la empresa.

Todo empezó cuando su madre lo convenció para que se matriculara en una facultad de un país próspero como Alemania. Allí, según decía ella, se forjaría un futuro acorde con su valía, «cosa difícil en España, donde la chusma parece reproducirse como las células en un cáncer».

Había otra razón. Mamá estaba empeñada en sacarlo de casa. Deseaba que se moldeara una vida social como hacían los demás chicos. Simplemente quería que abandonara la monotonía gris en que se había convertido su vida: cuando no estaba en clase o

estudiando en su habitación, compraba un libro de diseño, o de informática, o de electrónica, y se ponía a aprender por su cuenta. Lo que más dolía a mamá era que aprovechara la menor ocasión para acercarse a la casa del Yayo y compartir su tiempo con él.

Después del *electroshock*, el Yayo se había convertido en un hombre completamente diferente. Su conducta, buena y sumisa, le había servido para abandonar el centro psiquiátrico de Ámbar en 2008, es decir, menos de dos años después de la intervención. Ahora vivía en su casa de divorciado en compañía de Ghâlib, un joven tunecino que se encargaba de los quehaceres de la casa por cuatro duros. Según lo que Óliver sabía, no era que mamá no se alegrara de que él y el Yayo siguieran manteniendo una relación estrecha, pero esa no era vida para un adolescente, sencillamente.

Él había asumido que la mejor manera de superar el miedo a salir de su zona de confort era enfrentarse a él. De modo que hizo caso a las recomendaciones de su madre y se matriculó en la TUB (Universidad Técnica de Berlín). Aunque temía la perspectiva de morirse de soledad, esperaba que esta decisión le inmunizara contra su pánico a relacionarse. No es que fuera un bicho raro, ni mucho menos. Era solo que no le gustaba mucho salir y hablar con otros seres humanos.

El cambio de aires resultó sorprendente para Óliver. Tres acontecimientos tan significativos como inesperados sucedieron desde que empezara su nueva vida berlinesa. En primer lugar, a pesar de que había supuesto que sería una etapa pasajera de su vida y, por lo tanto, no merecía la pena hacer grandes amistades, Sebastian y Cora habían calado en él más hondo que ninguna otra persona de su edad. Cora, en concreto, le pareció fascinante. No era hermosa de un modo

convencional, al menos no según los estándares españoles. Su rostro nórdico, terminado en una gran frente, contrastaba con el rojo intenso que solía lucir pintado en sus finos labios y que recordaba a una mancha de sangre sobre la nieve. Sus extravagancias, como la media melena oscura salpicada de cobalto eléctrico, inspiraban atracción, gracias en parte a una sonrisa que seducía aun cuando la timidez de ella invitaba a lo contrario; esta era una característica que se le antojaba a Óliver enigmática, casi sensual. No había muchas mujeres en su departamento, solo doce contando a las que ya hacía años que habían superado la menopausia, pero Cora era, con diferencia, la más interesante. Y había una cosa más: del orificio izquierdo de la nariz le colgaba un pendiente de aro que le hacía, en fin, fantasear.

En lo más profundo de su ser, no obstante, la detestaba. En ocasiones creía que se sentiría reconfortado si le diera bofetadas hasta borrar su belleza por completo. La ataría a un árbol y la observaría suplicar clemencia. Se acostaría con ella y en el momento del clímax, la estrangularía. Deseaba no haberla conocido nunca, y algo en su interior se retorció de ira cada vez que ella lo miraba tras sus enormes ojos claros. Eran sentimientos ficticios, en realidad, y siempre terminaba por asumir la razón de su odio hacia ella. La odiaba porque era especial, preciosa e inalcanzable; porque quería hacer el amor con ella y no lo haría nunca; porque alrededor de su delicado cuello, que parecía suplicar que lo besaran, un detestable pañuelo rosa se burlaba de él. Era el severo símbolo de castidad alemán. Cora era virgen y lo sería siempre, pues esa había sido su propia voluntad.

El segundo gran acontecimiento se produjo a los cuatro años de que Óliver se mudara a Berlín, cuando todavía no se había

licenciado. El 19 de marzo de 2018, la democracia española sufrió una severa derrota. Al igual que sucediera en 2016, tras dos fracasos electorales consecutivos en los que ningún partido político consiguió la mayoría absoluta de votos, el país quedó huérfano de gobierno durante casi un año. Pero esta vez, al contrario que entonces, no llegó a alcanzarse ningún acuerdo entre los líderes políticos de distinta ideología. Los empresarios más poderosos del país, nerviosos ante la inestabilidad social, política, y sobre todo económica que se presentaba, dieron un golpe sobre la mesa y asumieron el control. Cansados de políticos sin capacidad de negociación, una asociación de ocho directivos que más tarde se conocería como El Grupo firmó el *pacto por España*. En él, prometían hacerse con el control del país hasta que terminara la crisis gubernamental en la que éste se encontraba.

Según el pacto, no había nadie más capacitado que ellos para acometer tal tarea. Aquellos insólitos hechos, recibidos positivamente por los desencantados ciudadanos, fueron denominados más tarde como El Suceso. La prensa lo vendió como un golpe de estado pacifista y necesario en el que todos, salvo los miserables políticos ávidos de poder, saldrían beneficiados.

Óliver lo contempló todo con terror desde su habitación de la residencia de estudiantes donde vivía entonces, pues sabía con certeza que su país acababa de entrar en una dictadura silenciosa. Las lágrimas se agolparon en los recovecos de su cara cuando, al día siguiente de la firma del *pacto por España*, escuchó atónito la primera gran medida del nuevo gobierno: las fronteras quedaban cerradas hasta nueva orden para todos aquellos insurgentes contra el actual régimen, por considerarlos «alborotadores» y «antipacifistas». Durante los últimos meses, su popularidad en Twitter, YouTube y otras redes sociales

se había multiplicado debido a sus constantes comentarios beligerantes hacia los nuevos absolutistas que querían hacerse con el timón del país, de modo que, cuando escuchó la noticia respecto al cierre de fronteras, supo de inmediato que él figuraría en la lista de exiliados. Cinco años después del Suceso, no se habían celebrado nuevas elecciones en España, y Óliver seguía sin poder pisar el país.

El tercer acontecimiento había surgido por casualidad, hacía dos semanas, cuando Sebastian interrumpió su partida en Maximilium abriendo una sesión de chat. Su excéntrico compañero era un fanático de los juegos de rol. Esa noche, Sebastian traspasó la línea existente entre el juego y la temeridad:

—¡No te lo vas a creer! —le había dicho, eufórico, a través de la pantalla.

Óliver estaba seguro de que, de estar frente a él en ese momento, le estaría rociando con gotas de saliva que solían escapársele entre los huecos de los dientes. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, y cuando estaba muy emocionado, como ese día, o malhumorado, un mechón de su cabello se liberaba de la gomina y caía en cascada sobre su ceja, tal como el de Elvis Presley cuando rompía sus caderas sobre el escenario.

—¿Qué ocurre? Es tarde.

—¡Vengo de la mejor partida de mi vida! —explicó el germano—. La prueba consistía en hacerse pasar por miembro de la embajada china y colarse en la fiesta que daba hoy Müller, ese pez gordo del Parlamento, en el hotel Waldorf Astoria. Era tan arriesgado que, si me hubieran pillado, me habría metido en un buen lío, pero qué demonios. ¡Adivina quién ha ganado!

—Algún día vas a terminar en el calabozo. —Óliver se fijó mejor en la piel de Sebastian—. Oye, ¿qué te pasa en la cara?

—¡Maquillaje, chaval! La leche, ¿verdad?

—Muy bueno... Aclárame una cosa: ¿no te han pedido ninguna identificación?

Sebastian acercó al objetivo una tarjeta plastificada, de manera que Óliver pudo ver lo que parecía un pasaporte chino con una fotografía de su amigo *orientalizado*. Era una magnífica réplica. Al analizarlo con detalle, se le ocurrió que quizá podría sacar partido de la destreza de su amigo para el arte del disfraz y la suplantación de identidad. La idea era emocionante. Lo último que esperaba de una llamada de Sebastian a esas horas de la noche era que fuera emocionante.

Una vez madurada, la idea de disfrazarse, adoptar otras identidades y falsificar documentos le cautivó, en especial con un objetivo muy conciso en la mente: cruzar la frontera española. Pensaba en ello con más frecuencia de lo que estaba dispuesto a reconocer. Al fin y al cabo, era una persona capaz de sacrificar el amor y la cercanía de los pocos seres queridos que tenía con tal de no meterse en problemas y sobreproteger su brillante futuro.

Se había quedado adormilado contra el cristal. Abrió un solo ojo cuando el tren se detuvo y anunciaron su estación por megafonía: Friedenau. Alcanzó a abandonar el vagón por poco.

Nada más llegar a su *cueva*, se dio una ducha rápida y preparó un batido antioxidante compuesto por naranjas, kiwis, lima y limón. Se lo bebió de un trago, como si se lo hubieran recetado. Después abrió el sobre que había recibido esa tarde, cuyo contenido le costó asimilar.

Eran las siete y media de la tarde, y de haber tenido una ventana en su estudio, Óliver habría podido ver que estaba anocheciendo. Se tumbó en la cama, que seguía deshecha tal y como la había dejado esa mañana, y encendió el portátil sobre sus piernas. Activó el cronómetro y dedicó los siguientes

sesenta minutos a jugar al póker online. La séptima sinfonía de Beethoven le ayudaba a concentrarse a través de los auriculares.

Una hora después, el cronómetro pitó. Óliver dejó de jugar inmediatamente y retiró de su cuenta el dinero ganado. Trescientos cincuenta y dos euros. No estaba mal. Ganaba casi siempre, pero esa noche se le había dado especialmente bien. Sin perder un segundo, abrió la aplicación de su banco y realizó una transferencia a una cuenta española por ese mismo valor.

Justo cuando el reloj marcaba las nueve en punto, se conectó al foro. Lando estaba *online*, tal y como habían quedado. Abrió el chat privado y comenzó una conversación que duró poco más de cinco minutos.

Nunca se encontraba demasiado bien consigo mismo cuando colaboraba con *ellos*. Echaría una partida en Maximilium para limpiarse por dentro y pensar en otras cosas.

Estaba a punto de adentrarse en la realidad virtual cuando una nueva imagen surgió de súbito en la pantalla de pared, mitigando la penumbra con su resplandor. La estampa de una mujer que conocía de sobra hizo que se le dibujara una sonrisa en el rostro. «Ha tardado, pero se ha acordado.»

Aceptó la videollamada dando un ligero toque a su reloj, de forma que él también apareciera en la pantalla de la llamante.

—¡Feliz cumpleaños, bichito!

—Hola, Aly.

Óliver contempló la imagen de Alyssa con veneración. A sus treinta y cinco años, ya habían empezado a salirle las primeras arrugas en torno a los ojos, y se le veían canas en la zona de la sien cuando estaba días sin teñirse, como ahora. Vestía un jersey ancho y se había cortado el pelo. Su tono de voz se había ido apagando con el tiempo. Después de todos estos años, a él se le seguía acelerando el corazón cada vez que la observaba,

aunque fuera a través de una pantalla de pared.

Absorto como estaba en mirar a su vieja amiga, no reparó en que ella lo observaba con el mismo interés. ¿Cómo lo vería ella? Seguramente como un bicho raro, empequeñecido y ojeroso. Con los pómulos marcados y el cabello enmarañado por culpa de los gorros de lana. Un pulso tembloroso a causa de la ansiedad y el insomnio que le hacía temer parecerse al Yayo; o peor, a Charly Rubial. ¿Estaría ella viendo todo eso?

—Qué mal te han sentado los veintisiete. ¡Tienes una cara horrible!

—Hum... ¿Horrible del tipo Steve Buscemi en *Reservoir Dogs*?

—No, más rollo Christian Bale en *El Maquinista*.

—¡Qué horror! A propósito, ¿eso de tu nariz es un grano nuevo? —contraatacó él con una seriedad demasiado fingida como para resultar creíble.

Alyssa sonrió con la boca, pero sus ojos tenían ganas de llorar.

—¿Sabes algo de Jaime? —quiso saber Óliver con un tono más confidente. Había detectado en ella la necesidad de desahogarse con alguien.

—Nada nuevo.

Bajando la voz, Óliver insistió:

—¿Sigue... desaparecido?

—Así es. Nadie consigue encontrarlo. —Por la expresión de su cara, a Óliver le dio la sensación de que había algo más—. Estoy empezando a tirar la toalla, ¿sabes?

Ahora que su amiga se estaba derrumbando frente a él, Óliver sintió unas ganas insoportables de atravesar la pantalla y abrazarla. De confesarle que llevaba tiempo colaborando en secreto con una organización peligrosa para encontrar a su marido.

—Todo irá bien —dijo, aunque hasta a sí mismo le resultaron

vacuas sus palabras.

Alyssa se secó una lágrima del pómulo y formuló su siguiente pregunta con dificultad.

—¿Crees que estará muerto?

—Ni lo pienses.

Óliver se había puesto en pie casi sin darse cuenta, y se encontraba tan cerca de la pantalla que por un instante tuvo la sensación de apreciar el olor a vainilla de su perfume. No existía en el estudio nada más que él y la representación de su antigua canguro.

—Todo empezó a irse a la mierda tras el Suceso, Oli.

—Lo sé. A mí me lo vas a decir.

—Ojalá estuvieras aquí —dijo con una fragilidad en la voz que a Óliver le era del todo desconocida.

—Algún día iré, te lo prometo. Todavía no sé cómo, pero encontraré la manera.

Ella sonrió sin convencimiento.

—¿Qué tal está mi hermana? —quiso saber él, en quien irrumpía una enorme responsabilidad cuando se trataba de ella.

—No te preocupes, está a buen recaudo.

—Asegúrate de que se toma las pastillas, ¿de acuerdo?

—Que sí, pesado.

—Y a ver cuándo te mudas a una casa más grande. ¿Qué diablos hiciste con el dinero de la herencia de Charly? —Hizo la pregunta mientras buscaba algo tras la figura de Alyssa. Sabía que en algún rincón guardaba el cofre de Mike Lennard que ella misma rescató en Oxford cuando él tenía diez años. Diecisiete años después, nadie había sido capaz de abrirlo.

—No me fastidies, tío, eso sí que no ha tenido gracia. ¡Si no hubieras perdido la maldita llave!

Óliver estuvo tentado de recordarle que el cofre no era más que una caja musical hecha de madera, que cualquiera podría abrirlo con un martillo, o alguna que otra herramienta contundente. Desistió. Ya se lo había mencionado muchas veces en el pasado, y en todas había recibido la misma respuesta. Ese cofre pertenecía a Charly Rubial, y Alyssa sabía mejor que nadie cómo funcionaba la mente de ese. En su testamento, Charly había asegurado que el cofre contenía toda su herencia, la cual repartirían entre Alyssa y mamá. Pero Alyssa no terminaba de fiarse. Por lo que a ella respectaba, la caja podría contener una última venganza. Una bomba que se activaría al intentar abrirla con violencia, o cualquier otra idea horrible. Alyssa se había mantenido firme todos estos años: nadie iba a abrir el cofre de Charly Rubial por la fuerza.

Los dos se quedaron sin palabras durante unos segundos. De pronto, como si todo lo hablado hasta ese momento careciera en realidad de importancia, Alyssa cambió su tono de voz y formuló la pregunta que él había estado esperando.

—¿Te ha llegado el sobre?

—Sí. Como de costumbre.

—¿De qué se trata este año?

—No te lo vas a creer.

Dejó que la imagen respondiera por sí misma. Cogió aquello que contenía el sobre que había recogido en mensajería, y lo elevó hasta que la parte frontal estuvo situada frente a la pantalla. Óliver vio cómo el gesto de Alyssa cambió en cuestión de décimas de segundo.

—Es desesperante —dijo él, por acompañar el bombazo.

—¡Joder! ¡Es la llave! ¡La llave que te robaron!

Óliver sonrió. Era una sonrisa de desesperanza.

—Que *nos* robaron.

Alyssa alargó el brazo hacia la cámara como si pudiera atravesarla y materializarse en el dormitorio de Óliver.

—Esta vez se ve una mano sujetando el objeto —dijo.

—Lo sé.

Ella achinó los ojos mientras analizaba lo que estaba viendo.

—Parece una mano pequeña y de piel suave, como la de un niño.

—Y bastante bronceada.

—¿Tienes idea de a quién puede pertenecer? Me da escalofríos.

—Es imposible saberlo.

Permanecieron callados durante un buen rato, pues en realidad había poco más que decir. Alyssa se reclinó en su silla y encendió un cigarrillo, que se fumó en pocos minutos. Cuando lo terminó, encendió un segundo.

Óliver dio un paso hacia su escritorio y abrió un cajón. En su interior había amontonadas cuatro fotografías impresas en colores apagados.

La imagen de la llave sostenida en el aire por la mano de un niño de piel morena no era más que la quinta broma de una serie que había comenzado el 20 de septiembre de 2018. Desde entonces, el día de su cumpleaños había venido acompañado de un sobre proveniente de la mensajería de correo. La fotografía variaba cada año, pero siempre tenía el formato estándar de las antiguas Polaroid; no demasiado grande.

El primer regalo le había llegado a Óliver como una bofetada en la cara. La fotografía presentaba una palabra de seis letras cincelada toscamente sobre una superficie de madera que recordaba al parqué usado de una vivienda vieja. Las dos vocales y cuatro consonantes conformaban un nombre que muy pocos asociaban a él: JASPER. En el interior del sobre, un dispositivo

de almacenamiento del tamaño de un botón acompañaba a la fotografía. Cuando Óliver lo conectó al ordenador para comprobar su contenido, se encontró con un único fichero. Un simple y decepcionante documento de texto cuyas únicas palabras decían: FELIZ CUMPLEAÑOS.

Al año siguiente recibió la instantánea de un objeto bastante singular: colgado de una pared pintada en verde botella, un calendario de papel ocupaba casi la totalidad de la foto. Era del año 2023, y el mes en que estaba dispuesto era septiembre (en castellano). El sábado 23 había sido marcado en rojo. Tres días después de su veintisiete cumpleaños, o lo que era decir lo mismo, ese sábado.

Ese año no encontró ningún dispositivo dentro del sobre, y tampoco en ninguno de los años posteriores.

Después de la recepción de la segunda imagen, cuando el misterio había pasado a ser una broma sin ninguna gracia, Óliver se había tomado la molestia de realizar un análisis dactilar a cada regalo. Fue así como supo que el remitente había usado guantes para manipular las fotografías.

Si la segunda Polaroid fijaba una fecha, la tercera estableció una hora. ¿Una hora para qué? La toma encuadraba un despertador digital posado sobre una bonita mesilla de coleccionista. Eran dos elementos que no combinaban, y aunque por separado no sugerían nada, en conjunto inspiraban inquietud. Los dígitos, de color verde alienígena, marcaban las 20:23.

El cuarto año, es decir, el año pasado, el bromista misterioso cambió de patrón. Esta vez no se trató de nada que fijara un momento en el tiempo. En lugar de eso, le obsequió con la imagen de un teléfono fijo. Era de los de principios de milenio: blanco, con numeración digital, y capacitado para grabar mensajes de voz y guardar la agenda. Se mostraba

apoyado en una superficie lisa que Óliver no fue capaz de identificar. Y guardaba una peculiaridad: estaba destrozado, como si hubiese sido golpeado con un martillo. Óliver había sentido un escalofrío al reconocer el teléfono que habían tenido en casa papá y mamá. Aquel que intercambió como parte del plan para esconderles la enfermedad de papá.

Los sobres venían sin remitente, y el sello de correos variaba cada año. En definitiva, no había manera de conocer quién y por qué le estaba enviando esas fotografías el día de su cumpleaños.

Tras despedirse de Alyssa, Óliver se quedó de pie, contemplando la imagen de la llave durante un largo rato. Cilíndrica, vieja, oxidada y con forma de cruz. Desprovista de valor para cualquiera, menos para dos personas.

Ahora, diecisiete años después, sabía con certeza que alguien la tenía en su poder.

Por primera vez desde que recibiera el primer regalo, ocurrió algo diferente. Inesperadamente, Óliver rompió a reír. De todas las bromas macabras que alguien podía gustarle el día de su cumpleaños, la llave cilíndrica era la más rebuscada de todas.

* * *

El monitor de trece pulgadas del MacBook se tiñó de negro al mismo tiempo que Óliver apagaba las luces de su estudio. Hasta ese momento, había reproducido con una aceptable resolución todo lo que había captado la pantalla del ordenador del joven emigrante: el primer plano de su rostro imperturbable mientras llevaba a cabo una fructífera partida de póker, una interesante conversación con Alyssa Grifero en la que habían dialogado sobre ciertos asuntos importantes (por supuesto, el MacBook también reproducía el audio en tiempo real), y el súbito ataque

de angustia que acababa de experimentar al procurar analizar el motivo escondido tras la fotografía de la enigmática llave.

—Se está volviendo loco —dijo aquel que estaba manipulando el ordenador.

—Lo soportará —respondió otro hombre, algo más alejado pero proveniente de la misma estancia, y que parecía tener cierta ascendencia sobre el otro.

—Y ahora, ¿qué?

—Este ha sido el último regalo. Ya solo queda que muerda el anzuelo y acuda a mí.

—El chico es demasiado inteligente. ¿Lo morderá?

—No me cabe la menor duda.

* * *

Miércoles. 21:00.

En línea: Lando Calrissian; Jasper.

- JASPER: Hola, Lando.
- LANDO CALRISSIAN: Hola.
- J: Tengo información que quizá os interese.
- LC: ¿A quiénes te refieres?
- J: A ti y a los miembros activos de la tribu. Los que actuáis.
- LC: OK. Tú dirás.
- J: He oído que alguien ha fotografiado a ciertos miembros del Grupo.
- LC: ¿Qué muestran esas fotos exactamente?
- J: No lo sé, pero por lo que dicen, podría ser un bombazo de los gordos.
- LC: ¿Piensa hundirlos?

- J: No, no es de la tribu. Creo que solo quiere forrarse.
- LC: ¿Sabes quién es?
- J: De oídas.
- LC: ¿Su nombre?
- J: Roberto Mancuso. Es una especie de paparazzi freelance.

Buzz Lightyear se ha unido a la conversación.

- LC: ¿Chantaje?
- J: Eso parece.
- BUZZ LIGHTYEAR: Jasper.
- J: Hola, Buzz.
- BL: Mañana seguiré peinando la sierra de Ámbar.
- J: OK. ¿Alguna novedad?
- BL: Voy a rastrear la zona de la que me habló Neil.
- LC: ¿Qué zona?
- BL: Shapiro es propietario de una parcela en la sierra. Iré con mi perro a primera hora.
- LC: Bien pensado.
- J: Gracias, Buzz. Estamos en contacto.
- BL: Sí. Adiós.
- LC: Adiós.

Buzz Lightyear ha abandonado la conversación.

Lando Calrissian ha abandonado la conversación.

Jasper ha abandonado la conversación.

Capítulo 2

La alianza brilló cuando el jefe de policía Marcos Tena levantó la mano para aflojarse el cuello de la camisa. Observó su reflejo en el cristal del portal: una figura delgada y atlética, con nariz redondeada y bolsas en los ojos. Deseándose suerte —una estúpida manía—, entró en el edificio detrás de Lucas, que se le había adelantado.

Según le había informado el comisario Mayoral, la Guardia Civil había encontrado el cadáver en lastimosas condiciones. Juraban no haber tocado nada en la escena, de modo que ninguna posible prueba había sido alterada. Esto a Tena le resultó sorprendente; los Civiles de la zona no estaban acostumbrados a lidiar con crímenes de semejantes características, y por lo tanto, habría sido más que comprensible que hubieran ensuciado todo con sus manazas. Ámbar era una villa tranquila, de las pocas que habían sido capaces de mantenerse un poco al margen del maldito Suceso, y donde ningún crimen extraordinario se había cometido desde...

A Tena se le formó un nudo en la garganta. Acababa de tomar consciencia de que ya hacía diecisiete años de aquellas semanas de pesadilla. El caso de Charly Rubial y la búsqueda de Alyssa Grifero le habían pillado muy joven. Recordaba estar todavía con contrato en prácticas cuando fue condecorado por salvar a

la doctora Sara Mora de morir en el fondo de aquel pozo, en Oxford. Fueron unos días traumáticos que le sirvieron para formarse un nombre dentro del cuerpo.

Se alegraba de que Mayoral hubiera confiado en él para llevar el caso de hoy. Para este primer reconocimiento, se había llevado consigo a Lucas y a Gabi. Lucas tenía treinta y ocho años, cuatro menos que él, y lo conocía profesionalmente por haberle tenido bajo sus órdenes durante el último año y medio. Gabi, por otro lado, era nueva en el cuerpo. Solo su marido la llamaba por su nombre completo: Gabriela. Era una chica reservada y, por lo que había podido investigar, un cerebritito. Cuando Tena preguntó por su expediente académico, la respuesta que obtuvo fue de lo más insólita: la policía había sido la número uno respondiendo preguntas de derecho, biología, química e informática. Las pruebas físicas, por el contrario, casi hicieron que suspendiera la oposición. Su edad debía de rondar los treinta, aunque Tena no recordaba la cifra que decía el expediente.

La víctima se llamaba Teodoro Simón, y el hedor que atufaba nada más entrar por la puerta de su piso proporcionó el primer dato sobre él: no era amigo de la higiene personal. Una mezcla de olores a cerrado, sudor y quemado, a los que se sumó el que caracteriza a la carne en descomposición, provocó un primer reflujo en Tena.

El aspecto de la habitación donde se encontraba el cuerpo era desconcertante. Ignorando la fetidez que flotaba en el aire, no había nada que llamara la atención, a excepción de una vieja tabla de planchar extendida en una esquina, y un sándwich sin terminar sobre la mesa del ordenador. Ni siquiera el propio cadáver, que se había mantenido sentado sobre su butaca y de espaldas a la puerta desde donde Tena observaba, se antojaba

sospechoso.

Cuando se acercaron para examinar los detalles, empezaron a entrever la dificultad que iba a entrañar el caso. El color de piel de la víctima era amarillento, cerúleo. El olor a chamusquina provenía del pecho. Cuando Tena levantó la camiseta ayudándose de un bolígrafo, una horripilante imagen apareció ante él. En el espacio que iba desde el grasiento ombligo de Teodoro hasta su diafragma, alguien había marcado un triángulo isósceles perfecto. La carne comprendida en el interior del triángulo había sido abrasada hasta alcanzar aproximadamente una uña de grosor, y en torno a ella, el sistema sanguíneo se dibujaba en la piel como un delicado tatuaje. El torso del hombre era ahora una amalgama de piel, carne y grasa apestosa y ennegrecida.

Sin bajar el bolígrafo que mantenía visible el desolador espectáculo, Tena levantó la mirada. Lucas prestaba atención junto a la ventana, sosteniendo en sus brazos un gato negro al que, a juzgar por su calmado ronroneo, poco importaba la muerte de su amo. Al otro lado de la habitación, Gabi se esforzaba por no vomitar.

—La forma de una plancha —dijo Lucas sin dejar de acariciar al felino, posiblemente para aplacar su propia inquietud.

Tena asintió. Liberó la camiseta del fallecido y seguidamente giró el cuello hacia la pantalla que ocupaba el centro del escritorio. Con delicadeza, despegó las tiras de adhesivo que sostenían las esquinas superiores de un papel de cuaderno que encontró pegado a la pantalla. Los tres compañeros se arremetieron para observar los tres trazos dibujados a rotulador en el papel: uno horizontal, seguido de otro vertical (este segundo unos milímetros más largo), y por último, una línea ascendente en diagonal que se inclinaba hacia la derecha.

¿Qué podía significar? ¿Era un código que pertenecía a la víctima, o se trataba de un mensaje que había dejado el asesino? Hasta ese momento, Tena nunca se había topado con un asesino que dejara migas de pan después de sus actuaciones. Se imaginaba que eran situaciones que solo se daban en las películas y libros de suspense. Y como aficionado a las novelas de Agatha Christie, tenía claro lo que significaban las migas de pan: el asesino quería jugar con ellos.

Miró por la ventana para contemplar el mar. Desde allí se veía inmenso, sobrecogedor. Una vasta extensión de ondulante agua azul bajo los tenues rayos del sol que se hacían hueco entre las nubes grises.

El trío de policías encontró una mesa libre en una taberna de la misma calle de la casa de Teodoro Simón, de esas con aire típico irlandés que a Tena tanto le gustaban y que cada vez eran más difíciles de encontrar. La cocina desprendía un olor a carne a la brasa. En la pared del fondo, un panel de proyectores que ocupaba todo el ancho del establecimiento estaba emitiendo imágenes en bucle. Los mismos enormes rostros una y otra vez. Hombres en edad adulta, serios y con facciones endurecidas. Philippe, Enrich, Florín, Chang... Los tipos más poderosos del país parecían observar sin tregua a la clientela, a pesar de la nula atención que ésta prestaba a la descarada propaganda.

Esperaron a que el camarero les sirviese tres jarras de medio litro de cerveza, y cuando se encontraron al abrigo de oídos indiscretos, Tena comenzó a hablar:

—Teodoro Simón —dijo, dejando claro cuál iba a ser el tema de conversación—. ¿Alguno de vosotros había oído hablar de

él?

—No me suena —respondió Gabi.

Lucas negó con la cabeza.

—Investigaré sobre él, todo esto parece un ajuste de cuentas —se ofreció la más joven.

Tena asintió pensativo. Luego dio un largo sorbo que manchó de espuma su labio superior.

—Sí, hazlo, por favor. —Se pasó el dorso de la mano por la zona húmeda—. Apuesto a que guarda más de un trapo sucio. A nadie le planchan el cuerpo por nada.

—Eso está hecho.

Lucas se llevó una patata frita a la boca y expuso su opinión mientras la masticaba.

—Curioso lo del gato.

Tena parpadeó.

—¿Qué pasa con el gato?

—Había restos de comida para gato por toda la casa, y el comedero apestaba a pescado.

—Ya. ¿Y qué? —preguntó el jefe.

Lucas se permitió una larga y lenta sonrisa desprovista de gracia. Una de las cosas que más odiaba Tena de él era su afición por impregnar sus teorías con ese aire de misticismo.

—Nadie da de comer a su mascota arrojando la comida por el suelo del pasillo. A no ser que sea la típica vieja chiflada, claro. Y tampoco desperdicia pescado cuando ha comprado pienso específico para gatos.

Mientras Lucas hablaba, Gabi observaba a su nuevo compañero con un tenue brillo de aprobación en los ojos. Un gesto humilde que a Tena se le antojó encantador.

—Me juego un cojón a que esa comida fue dejada ahí por el asesino, a propósito, para distraer al animal. Eso demostraría

que...

Tena terminó la frase por él:

—Que conocía a la víctima lo suficiente como para saber que tenía un gato de mascota.

—¡Bingo! —Lucas acompañó la expresión con un golpe seco contra la mesa.

El jefe de policía apuntó la hipótesis en su tableta. Cuando terminó, pasó a elaborar un plan de investigación.

—Los científicos aún tardarán unos días en obtener los resultados de las pruebas de ADN y las huellas encontradas en la casa. También se han llevado la plancha como prueba principal del delito, así como el papel con el símbolo. Por nuestra parte, comenzaremos por investigar el círculo social más cercano a Teodoro, e iremos abriendo ese círculo progresivamente. Para mañana a primera hora quiero nombres y direcciones. —Hizo una pausa para humedecerse la boca con cerveza y continuó dando órdenes—. Ya sabéis: madre, padre, hermanos, novia, amigos, trabajo... Por su aspecto y las condiciones en que vivía, me temo que estamos ante un ermitaño con escasa vida social, pero hasta el más solitario se relaciona mínimamente con alguien.

Ambos policías escucharon atentos, y cuando Tena terminó, asintieron a la vez. Durante el breve silencio que se produjo después, Lucas miró de reojo a Gabi, como si estuvieran pensando en lo mismo.

—¿Y el mensaje? —preguntó Lucas al final.

—Como he dicho, se han llevado el papel para analizarlo. Antes de eso, lo he fotografiado para imprimirlo, por si se me ocurre algo. Sin duda es inquietante, no lo niego, pero hasta que no sepamos más sobre Simón, no tiene sentido que nos volvamos demasiado locos con el mensaje. ¿Alguien me presta

un cigarrillo?

Lucas le tendió el paquete que llevaba en la chaqueta.

—¿No lo estabas dejando?

Tena dibujó un gesto con la mano.

—Es imposible, me doy por vencido —dijo, y escogió un pitillo del arrugado paquete.

La conversación fue interrumpida por el tintineo de una campana proveniente de la barra.

—¡Ley Saludable, caballeros! —anunció el camarero a voz en grito—. ¡Cerramos en diez minutos! ¡Ley Saludable!

Lucas hizo un chasquido con la boca y se bebió de un solo trago lo que le quedaba de cerveza.

—Maldito Suceso —dijo Gabi mientras se ponía en pie para pagar la ronda—. Antes al menos se podía beber a gusto. Si el ejército hubiera puesto freno a esos ladrones en su momento, ahora no estaríamos en esta situación.

—No. Malditos empresarios —gruñó Lucas—. Son esos cabrones los que tienen la culpa de todo. Punto.

Cuando se dio la vuelta para ponerse el abrigo, la falda de éste empujó una de las jarras, que se estrelló contra el suelo de madera fragmentándose en diminutos cristales afilados.

Si Tena hubiera sido una persona supersticiosa, habría dicho que aquella jarra hecha añicos era una señal de toda la devastación que se avecinaba.

El jefe de policía fue el último en abandonar el bar. Por alguna estúpida razón, le seguía incomodando que su equipo le viera cojear, así que, cuando se aseguró de que Gabi y Lucas ya estaban camino de sus respectivos vehículos, dejó la mesa y

bajó lentamente las cuatro escaleras que daban a la salida. Cada peldaño le ocasionó un punzante dolor en el tobillo que le hizo torcer el gesto. Aunque dentro del local hacía una temperatura agradable, el incómodo viento y la humedad que habían azotado la costa en las últimas semanas no le estaban ayudando con su cojera. Levantó el cuello de la gabardina, se enfundó los guantes de piel, pateó el suelo con la pierna débil como si la estuviera preparando para la caminata, y salió al exterior.

Arrebujado en la gabardina mientras se dirigía hacia el coche, repasó mentalmente todos los elementos importantes del asesinato, pero enseguida agitó la cabeza como si con ello quisiera borrar todo eso de su cabeza.

Un calor agradable lo abrigó nada más entrar en el Lexus.

Un cuarto de hora más tarde, todavía seguía ahí, con el vehículo parado, observando cómo las ramas de los árboles resistían el vendaval. No había fumado desde primera hora de la mañana. Tenía un paquete de cigarrillos vacío en el bolsillo interior de la gabardina, y el pitillo que le había pasado Lucas, sujeto entre la parte superior de la oreja y la canosa sien. Lo guardó en la cartera y puso el vehículo en marcha. En casa lo esperaba Emma, y ella lo necesitaba más que nadie en el mundo.

[Lee la novela completa aquí](#)